

— No es falsa, es oro puro; cinco duros como cinco soles.

Miguel no contestó nada: se paseaba agitado de un extremo á otro de la habitación, empleando cuatro pasos para ir y cuatro para volver, por la sencilla razón de que no había más espacio entre las cuatro paredes de la sala.

La señora Gertrúdis colocó la moneda en el fondo del plato, quedándose pensativa.

Reinó por algunos instantes ese silencio que se establece en las ocasiones solemnes y que nadie se atreve á romper. De pronto Miguel se detuvo delante de la mesa y vió la moneda resplandecer sobre la blancura del plato, y volviéndose á la portera, le dijo con imperio:

— Quite V. de ahí eso.

Ella cogió los cinco duros en oro y los puso sobre la mesa.

— Digo, insistió Miguel, que quite usted esa moneda de mi vista.

La señora Gertrúdis abrió el cajón de la mesa, dejó caer en él la moneda de oro y volvió á cerrarlo.

— Hoy, gritó Miguel, se ha propuesto V. no entenderme.

Y abriendo el cajón cogió la moneda y alzó el brazo en ademán de lanzarla por la ventana; pero ántes que pudiera hacerlo, la portera le cogió la mano, diciéndole:

— ¡Qué va V. á hacer!.....

— Á arrojar lejos de mí esa moneda, cuya presencia me injuria.

— Mire V. que son cinco duros.

— Para mí no es más que un ultraje.

— ¿De manera que V. no la quiere?

— No, contestó Miguel secamente.

— En ese caso.....

— En ese caso, ¿qué?

— Me está ocurriendo una idea.

— Imposible.

— Esa señora marquesa nos las va á pagar todas juntas. Verá V.

— ¡Cómo!.....

— ¡Oh, cómo!..... Esa es mi idea.

— ¿Sería V. capaz de tener una idea?

— Oiga V. Es una picardía eso de que una señorona metida en su coche, á título

de rica, arroje á la cara del primer pobre que encuentre el ultraje de una limosna de cinco duros. Eso no se puede sufrir, clama al cielo y pide venganza. En la boardilla de la casa de al lado vive un militar honrado y pundonoroso, con un alma muy grande y un corazon más grande todavía. Un pobre diablo que no se ha metido nunca en ningun pronunciamiento y que por no querer tomar parte en la última jarana le han puesto el retiro en la mano, y el infeliz está pereciendo. Y sepa V. que le ofrecieron el oro y el moro porque entregárá la guardia y diera el grito.....; pero él, sí, primero se dejaría cortar la cabeza que faltar, como él dice, á sus juramentos. Ayer mismo sacó su espada y la puso contra la pared, formando cuesta, alzó el pié y lo dejó caer con toda su fuerza, haciendo que la espada saltára en dos pedados, y los recogió diciendo: «Ántes rota que deshonrada.» Es terrible, y tiene siete heridas, siete cruces y siete hijos. Éste es el hombre que necesitamos para decirle á esa señora marquesa cuántas son cinco.

Miguel, que continuaba paseándose por

la habitacion, se detuvo delante de la portera, preguntándole:

—¿Adónde va V. á parar con toda esa relacion de ciego?

—Voy á parar, contestó la señora Gertrúdis, á la boardilla donde vive nuestro hombre..... Entraré como Pedro por su casa, y al verme me sonreirán las siete caras de los siete hijos, gritando todos: «La señora Gertrúdis, la señora Gertrúdis.» Tomaré en brazos al más pequeño y besaré, uno á uno, hasta el más grande, que tendrá ya nueve años. Despues me sentaré en lo primero que encuentre, y si no encuentro nada en que sentarme, me sentaré en el suelo..... La madre estará, de seguro, en el rio, porque, aunque es fina como una señorita, la infeliz no puede pagar lavandera, y es más limpia que los chorros del agua. El padre estará, como siempre, haciendo jaulas de mimbre, con lo cual saca para pagar al corriente el alquiler de la boardilla, pues con el retiro no tiene más que para pan, cuando lo cobra. Al verme, se sonreirá tambien, porque....., porque es un valiente, que no se deja aco-

bardar por la miseria. Me contará los siete casos de sus siete heridas y me enseñará las siete cintas de sus siete cruces, que....

Al llegar aquí la señora Gertrúdis, Miguel cogió una silla y se sentó, diciendo:

—Siga V., señora, siga V. Veo que lo ha tomado V. despacio y que va V. á contar hasta los pelos del bigote de ese oficial retirado.

—Ya estamos en el fin, replicó la portera impasible. Así que concluya su relacion le diré: «Traigo una mala noticia.» Y ¿sabe usted lo que hará? encogerse de hombros, como diciendo: «Venga.....» Le digo á usted que es un héroe. Yo seguiré diciendo: «Una señora marquesa, por más señas, que anda por esas calles en un magnífico coche y que debe vivir en un palacio, le ha hecho á V. un grande ultraje, insultando su desgracia.» Al oír esto, se pondrá encendido como la grana, y despues pálido como la muerte.... «Es el caso, añadiré yo, que ha sabido que es V. pobre, y sin más averiguaciones, le arroja á la cara la limosna de estos cinco duros.» Y echaré sobre la pequeña

mesa en que arma sus jaulas la moneda de la marquesa. Entónces será ella.....; se pondrá en pié, me cogerá las manos, mirará al cielo, se atusará el bigote, alzará los brazos y se le arrasarán los ojos de lágrimas.... Querrá saber quién es esa señora..... para verla..... para buscarla..... para..... ¿comprende V.? para vengarse....., y..... asunto concluido.

—¿Pero, cómo? preguntó Miguel.

—¿Cómo? Vaya una pregunta. Como se vengan los corazones nobles, como..... ¡imagínese V.!..... él, tan pundonoroso....., tan valiente....., digo....., ¡pobre marquesa!..... si da con ella....., está fresca.....; ya verá....., ya verá lo que son cinco duros puestos en las manos de un hombre como ése. Será capaz de tirarse por una ventana. Y con razon, porque no se debe insultar así á la desgracia..... ¡Una limosna!..... Vamos, se va á poner furioso.

—Señora, exclamó Miguel, es imposible tomarle á V. sustancia de nada de lo que dice; arma V. tales *galimatías*, que el demonio que la entienda, y tiene V. una manera

de explicarse, que no se sabe cuándo habla usted con formalidad, ó cuándo se burla. ¡Qué! ¿pretende V. dar esos cinco duros á su amigo el de la boardilla? Lléveselos usted enhorabuena; pero haga V. cuenta de que se los ha encontrado en la calle.... Á mí no me pertenecen....., yo no tengo sobre ellos derechos ningunos; déselos V., y que se vengue como quiera, que yo me vengaré á mi modo.

—No hablemos más del asunto, replicó la portera.

Y haciendo saltar en su mano la moneda de oro, salió precipitadamente de la habitación, corrió á la puerta y comenzó á bajar la escalera medio alegre y medio triste.

Iba á llevar á una familia infeliz, acosada por una escasez extrema, el consuelo de una limosna caída del cielo, y dejaba en su casa á un pobre muchacho furioso porque una mano desconocida habia querido socorrerlo. No ataba ella bien estos opuestos cabos del corazón humano. ¿Por qué habia de ser en el uno motivo de enojo lo que en el otro sería motivo de júbilo?

Sin salir de esta perplejidad llegó al fin de la escalera, y sin meterse en más averiguaciones, se echó á la calle diciendo:

—Pues señor, ruede la bola.